

---

# No hay enemigo pequeño: la adaptación de la inteligencia militar

Antonio Díaz

La guerra biológica siempre ha sido un escenario de las luchas entre grupos humanos. Desde introducir en ciudades a personas infectadas con viruela, a contaminar acuíferos con ganado en descomposición o lanzar con catapultas hacia el interior de las ciudades mantas con piojos y chinches, la relación entre guerra y microbiología está bien acreditada. Esta pandemia de la COVID-19 ha obligado a todos los actores públicos y privados a adaptarse en semanas a un escenario letal, desafiante y global, y las Fuerzas Armadas –viejas conocidas de virus y bacterias– no han sido ajenas a esta dinámica ni, por supuesto, tampoco lo ha sido una de sus partes: la inteligencia militar.

La función de los organismos de inteligencia consiste, en pocas palabras, en proporcionar a los decisores –tanto civiles como militares– información valorada, elaborada e integrada con otras, de manera que puedan tomar sus decisiones con el menor nivel de incertidumbre posible. Para eso es de enorme relevancia el que los

decisores puedan anticiparse a escenarios no deseables y, mediante la identificación de los elementos clave, poder abordar ese escenario bien sea aprovechándolo en beneficio del país bien sea intentando desactivarlos. Más específicamente, la inteligencia militar es la encargada de producir información estratégica y táctica sobre naciones extranjeras, sus capacidades militares o de empleo militar, o bien sobre otros actores hostiles o potencialmente hostiles. La caída del muro de Berlín significó la ampliación del catálogo de funciones para la inteligencia militar, al dejar de estar casi en exclusiva monopolizada por la amenaza nuclear para implicarse en otras –sin ánimo de ser exhaustivo– como crimen organizado, ciberguerra, control de fronteras, operaciones internacionales de paz, lucha contra la piratería o lucha contra el terrorismo. Estos recientes cometidos no parecen argumentar y sostener una posible conexión entre la inteligencia militar y la COVID-19 que, sin embargo, sí existe.

Es importante recalcar que las reflexiones que se recogen en este artículo han de situarse siempre fuera de un enfoque puramente occidental e intentando contemplar las grandes diferencias que existen en el desarrollo político, social y económico de los países del mundo. Las Fuerzas Armadas son una organización de enorme relevancia en muchos países donde la estructura civil del Estado es muy débil y precaria. En esos países, los militares son quizá el único entramado administrativo del Estado que permea sobre todo el territorio, con personal, material y organización suficiente en condiciones de poder salir en auxilio del poder civil en situaciones de crisis, aunque, a veces su papel ya es estructural y más allá de las situaciones de crisis. Pero no debemos focalizar la atención exclusivamente en países menos desarrollados puesto que en algunos países de nuestro entorno el papel de las Fuerzas Armadas es muy importante y no limitado en exclusiva a la labor bélica.

*Inteligencia militar y COVID-19*

En la gestión de la COVID-19, la inteligencia militar ha llevado a cabo siete grandes funciones. En primer lugar, realizó funciones de alerta temprana. La comunidad de inteligencia de los Estados Unidos integró en sus informes aquellos provenientes del National Center for Medical Intelligence –perteneciente a la Inteligencia Militar– que indicaban que algo sucedía en la ciudad china de Wuhan. Emitieron alertas a los políticos sobre el surgimiento de este virus y las compartieron con otros países aliados quienes, a su vez, compartieron la inteligencia de la que disponían. En muchos países los enlaces y agregados militares son de las escasas estructuras de información existentes y su utilidad se ha reactivado ante el cierre de fronteras y la reducción drástica de viajes y, en consecuencia, de intercambio de información; además aportan una continuidad y una coherencia que no siempre tienen las redes diplomáticas. Esta inteligencia, conocida como MEDINT (Medical Intelligence), permite conocer brotes, cifras reales, extensión... y toda aquella información relevante que no todos los países están dispuestos a compartir, bien por razones económicas que puedan afectar al turismo, bien por su incapacidad administrativa o bien por la opacidad propia de regímenes no democráticos. Este tipo de inteligencia no es nuevo, sino que ya prestó buenos servicios durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, alertando de brotes de hepatitis, disentería, malaria o fiebre tifoidea.

En segundo lugar, contribuir a la producción de MEDINT hacia el interior del país. Una de sus funciones es monitorear y rastrear riesgos para la salud que pudiesen poner en peligro a las Fuerzas Armadas tanto en el extranjero como en el propio territorio, ya que no podemos olvidar que las Fuerzas Armadas son el último brazo del Estado para imponer el control sobre el territorio y, si este cae, el caos puede ser total. Los franceses comprobaron cómo una po-

derosa máquina de guerra –como es su portaviones nuclear Charles de Gaulle– quedaba fuera de combate al dar positivo por COVID-19 la mitad de su marinería.

En tercer lugar, continuaron produciendo inteligencia sobre las intenciones políticas de diferentes Estados. Los grandes jugadores, esto es, Estados Unidos, Rusia y China, han leído esta pandemia como una partida más de la geopolítica global y, por tanto, han querido utilizarla como otro tablero más para asentar su poder y zonas de influencia con partidas concretas como: ¿se fabricó este virus en un laboratorio?

En cuarto lugar, ha servido para obtener información sobre aprovisionamientos y localizar potenciales suministros mejorando las capacidades del país. Al Mossad israelí se le atribuye el haber conseguido material médico en países con los cuáles Israel no mantiene relaciones diplomáticas o bien adelantarse o bloquear compras de otros Estados para que esos suministros llegaran a Israel.

En quinto lugar, han intervenido en operaciones de espionaje industrial. La lucha por la vacuna se ha convertido es una nueva «conquista del espacio» y, por tanto, ser los primeros en alcanzar la vacuna ha implicado a los servicios de inteligencia en la realización de ataques a laboratorios y centros de investigación en busca de información relevante que les dé ventaja en esta nueva «carrera espacial».

En sexto lugar, ha colaborado en acciones de desinformación. El miedo y la desinformación son elementos básicos de los viejos y de los nuevos conflictos. Algunas agencias de inteligencia –incluidas las militares– habrían participado en labores de desinformación. Estas abarcarían desde el origen del virus hasta la utilidad de la vacuna, a la acusación de robo a Montenegro por parte de Serbia de material sanitario en una lucha ideológica que busca desgastar a otras naciones y, en su máximo objetivo, romper el discurso de que las democracias protegen mejor a sus ciudadanos.

En séptimo lugar, rastreo y control de ciudadanos. Parte de la tecnología disponible de vigilancia, control y rastreo está en manos de agencias militares, sobre todo en ciertos países poco democráticos e, incluso en algunos avanzados, la inteligencia militar habría ayudado a desarrollarla de manera específica durante esta crisis. El uso de tecnología perteneciente a las agencias de inteligencia militar para vigilar las fronteras, monitorear y seguir a ciudadanos nos debe alertar sobre potenciales riesgos para garantizar los derechos humanos.

### *Conclusiones*

La pandemia de la COVID-19 nos arroja algunas conclusiones en su relación con la inteligencia militar. En primer lugar, ésta ha ampliado su ámbito de trabajo al tiempo que se ha visualizado a públicos más amplios. En segundo lugar, ha reforzado la cooperación internacional que realizaba. En tercer lugar, ha cooperado como quizá no lo había hecho antes con otros organismos estatales en tiempo de paz. Y, por último, ha desplegado su trabajo hacia el interior de los Estados en un impacto inusual sobre la ciudadanía. Incluso si apostásemos porque no se producirá otra grave pandemia hasta el próximo siglo, esta experiencia y estas conclusiones deben servir como simulacro y enseñanza para lo que podría suceder en futuros casos de otros riesgos biológicos naturales, pero también de contaminación por materiales tóxicos y bioterrorismo.

Por eso, es necesaria una reflexión sobre el papel de la inteligencia militar y de cómo integrarla dentro de los sistemas nacionales, no sólo de gestión de crisis armadas o terroristas, sino también de salud pública. La primera reflexión es su incorporación en la fase de planeamiento. Aquí debemos discutir sobre si el impacto de la COVID-19 fue un fallo de inteligencia o un fallo en la política;

esto es, si los espías no hicieron bien su trabajo o bien los decisores políticos fallaron a la hora de indicar prioridades o asimilar la inteligencia entregada por sus espías. El hecho de que las pandemias estuvieran incluidas en varias Estrategias Nacionales de Seguridad nos indica que ya eran un riesgo/amenaza objeto de atención de la inteligencia por lo que parecería que estamos ante un fallo en la fase de recepción por parte de los decisores políticos. Este fallo tuvo lugar bien porque la inteligencia no llegó a los decisores –como parece ser el caso de Canadá– o que, llegando, no fuera tomada en consideración, como en los Estados Unidos.

Quizá este fallo pueda explicarse en el hecho de que para coordinarse y que el decisor político la tome en consideración debe existir un proceso de conocimiento e integración anterior y mejor engrasado que, en el caso de la inteligencia militar, no se produce. Evitar estas situaciones ha de pasar por una integración formal de estas capacidades de la inteligencia militar en los planeamientos de inteligencia y, de hecho, la Administración civil podría aprender mucho de las capacidades de inteligencia, análisis y planificación que tienen las Fuerzas Armadas e incorporarlas a su cultura organizativa, mucho más reactiva que la militar. Es necesario normalizar la presencia de los militares en funciones de Protección Civil y Emergencias, lo que pasa por compartir formación, simulacros y procedimientos. Además, si la inteligencia militar va a gozar de una mayor preponderancia deben buscarse las fórmulas para integrar también otras capacidades de las que disponen las Fuerzas Armadas como son la salud pública, microbiología, bioquímica, gestión de emergencias y medicina, puesto que todas se activan en casos de graves crisis como en la que estamos.

Su contribución a la gestión de la COVID-19 le ha devuelto a la inteligencia militar un enfoque interior que sólo habían tenido en el caso de conflictos armados y que hacía bastante tiempo que en muchos países no se manejaba. Este mayor papel interior –que

parece que no será pasajero— se facilitaría modificando la visión que existe de la inteligencia militar tanto entre las elites como entre los ciudadanos, lo que requiere de una calmada reflexión sobre los perjuicios de entregar a los militares un rol más activo en el ámbito de la salud y en el ámbito de la seguridad interior. En definitiva, pasa por normalizar a las Fuerzas Armadas como un actor más de la Administración del Estado.

No obstante, en esta dirección, existe sin duda el riesgo no menor de que se «securitice» la seguridad interior, como teorizaron Wæver y Buzan. Enfatizar los peligros de la pandemia y presentarla como una amenaza esencial a nuestra sociedad puede servir para justificar ciertas medidas de emergencia restrictivas de los derechos individuales que se prolonguen en el tiempo, como bien aprendimos de la reacción de muchos Estados a los atentados del 11-S. Y no sólo es un riesgo teórico. Tenemos ya ejemplos desde Indonesia hasta Canadá donde la inteligencia militar se ha visto involucrada en actividades de monitoreo de la población a través del rastreo de redes sociales y el uso de software de ingeniería social. Y no olvidemos el revuelo que se produjo en España con aquellas posibles indicaciones que el gobierno podría haberle transmitido a la Guardia Civil —un cuerpo de naturaleza militar— para el rastreo de información en redes sociales de «identificación, estudio y seguimiento» de bulos que pudieran crear «estrés social y desafección a instituciones del Gobierno».

El control de la información, el rastreo de las redes en busca de opiniones divergentes, el uso intensivo de la tecnología, el cierre de fronteras o la elevación a carácter sistémico de la COVID-19 como amenaza a nuestras sociedades son ingredientes que ya hemos identificado con claridad. Estamos, por tanto, ante el inicio de un proceso que puede culminar en una nueva «securitización» de nuestras sociedades y, por ende, en la justificación de medidas restrictivas de derechos y libertades en aras a prote-

germos de este nuevo enemigo sistémico que vendría a sustituir al terrorismo.

Sin duda este riesgo será más intenso en aquellos países con mayor papel de los militares en el orden interior y con menores sistemas de control y protección de los derechos humanos. Pero junto a estos riesgos para las libertades, volver a delegar en los militares el control del país –como ha sucedido en Pakistán o Ruanda– puede retrasar el proceso de transición hacia la democracia. Podemos estar ante una nueva versión de la militarización del espacio público que vimos tras la Primavera árabe, con una «amenaza» mucho más compartible por los ciudadanos al afectar potencialmente a su gran mayoría. Es evidente que no existe enemigo pequeño que no pueda poner en jaque a los derechos y libertades, o a su búsqueda.

A. D.

